

La feria de los días

I

Créanme quienes me leyeren. El llenar cada mes esta página con una que otra idea, con uno que otro comentario, no deja de tener sus be-moles. Y no por escasez de temas, ni falta de gana, sino por abundancia de escrúpulos. O si se prefiere, por cierta duda —leve, sí, pero constante— respecto a la conveniencia del papel de predicador que editorialmente me obligo a desempeñar.

II

Sería mejor jugar a otro juego. Uno más divertido, en el que todos coincidiéramos, aportando comunes sa-

tisfacciones. Hablaríamos aquí de toros, o de mujeres, o de lo lindo que es México, en el tono negligente y florido que tanto gusta a los cronistas de sociedad, y al público lector de periódicos.

III

¡Qué hermoso sería! No tendríamos jamás dificultades. Ni enemigos, abiertos o embozados. Atacaríamos sólo a los rojos y a los rojillos; y eso nada más para no hacernos los originales. Los bares nos darían servicio gratis. Vendrían a saludarnos las canoras avejilladas del campo, y le diríamos a la vida: vida, estamos en paz.

IV

Pero no. Un hado negro y amargo nos persigue. Hemos de meternos sin cesar en camisa de once varas. Aunque no nos complazca, representamos mes tras mes el papel de predicador. *Vox clamantis in deserto*. Adolecemos de un tiránico superperego que nos impide decirle a la vida: estamos en paz. Y claro que no lo estamos. ¡Si al menos pudiéramos limitarnos a la crítica constructiva! Nada. Nuestra crítica se vuelve a cada momento más destructiva. El diablo nos empuja a subvertir los valores que plasman la tradición.

V

Para colmo de infortunios —y aquí vuelvo a la un poco menos oratoria primera persona del singular—, mis propias iniciales, las que con deliberada sobriedad calzan esta página, se han convertido, de la noche a la mañana, en símbolo de una oposición desenfadada. Sin que en ello medie culpa de mi parte, no hay día que no me desayune yo con la noticia de que “J. G. T. condena nuestras instituciones políticas...”, y “J. G. T. se lanza contra el gobierno...” Más todavía: resulta que este otro portador de mis iniciales es bastante reaccionario. Lo cual se presta a múltiples confusiones, y me acarrea trastornos ideológicos.

VI

Créanme mis lectores. La cuestión es grave. Lo peor es que el tiempo no me alcanza para meditar serenamente sobre las posibilidades de un cambio de actitud. Apenas me entrego a la reflexión indispensable a propósito de tan graves asuntos, el calendario me anuncia que ha llegado la hora de escribir la siguiente *Feria*. Y así pasan los años. Y los lustros. Y los sexenios.

—J.G.T.

